

CONFERENCIAS

DADAS EN MÁLAGA

—POR—

D. Miguel de Unamuno

EN LOS DÍAS

21, 22 Y 23 DE AGOSTO DE 1906



MÁLAGA

Tipografía "LA IBÉRICA"

ÁNGEL, 6

FAN
XX
513

04
UNA
CON

2.3

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

CONFERENCIAS

DADAS EN MÁLAGA

—POR—

D. MIGUEL DE UNAMUNO

EN LOS DÍAS

21, 22 Y 23 DE AGOSTO DE 1906



R. 17. 555


MÁLAGA

Tipografía "LA IBÉRICA"

ANGEL, 6







A la amabilidad de D. Miguel de Unamuno debemos el poder publicar hoy este folleto con tres de sus conferencias en Málaga. Una omisión sensible tenemos que deplorar: la de la conferencia dada en el Centro Socialista, que no pudo ser tomada taquígráficamente.

También hemos sido autorizados por el Sr. Unamuno para insertar en este folleto su carta dirigida á D. A. Fernández y García, que fué publicada por el diario madrileño España Nueva, y la que á este mismo diario envió con motivo de la publicación de la primera. Nos parece oportuno que figuren aquí, por haber sido ambas suscitadas con motivo de la venida del Sr. Unamuno á Málaga.

Sólo nos resta ofrecer á D. Miguel de Unamuno, este folleto, como homenaje respetuoso y como cariñoso recuerdo de su paso por Málaga, y hacer votos porque complete la labor que entre nosotros hizo el ilustre pensador.

Varios Malagueños



En el Teatro Cervantes



Señoras y Señores:

HE de empezar por la confesión de que aun cuando actos como éste parece van haciéndose para mí profesionales, no acabo nunca de acostumbrarme á ellos. Me doy clara cuenta de que hablar en un teatro es muy otra cosa que hablar en libre diálogo; óyeseme aquí con un silencio benévolo, pero es mejor la conversación suelta, socrática, en que se toman y se dejan los temas. Añádase lo de que es imposible en actos como éste, sustraerse á una presentación, presentación que nos abrumba siempre, y mucho más cuando el que nos presenta es amigo nuestro tan cariñoso como lo es mío el Doctor Bejarano. Tengo que hacer una lijera rectificación á lo que de mí él os ha dicho, cual es la de que no os llameis á engaño por creer que yo vaya á proponer aquí remedio á cosa alguna.

Creo muy poco en la terapéutica, cada vez menos, y estoy convencido de que lo urgente, lo que más falta hace, es agitar y remover los espíritus, en vez de presentar remedios para los males, ahondar las heridas y poner en ellas sal y vinagre, (aplausos) pues es verdaderamente lamentable esto de que cuando anda uno por estos pueblos de Dios ó de España, á quien quiera que se le acerque y le pregunte: «¿cómo va esto?» reciba por respuesta lo de: «¡mal, muy mal!»; pero dicho de tal modo que revela cierta voluptuosidad en el mal mismo y ningún anhelo de corregirse, ni el menor propósito de la enmienda.

Tengo luego que dar las gracias á la Sociedad que me ha dado ocasión de decir hoy aquí algo, y hasta celebro que la ocasión coincida con el final de las fiestas de Málaga, alguna de ellas altamente deseducadora y no necesito ahora aclarar esto, pues he de hacerlo más adelante.

Lejos de mí el meterme á dilucidar ahora lo que de bueno ó de malo haya en esto de que lo convirtamos todo en fiesta. Ello será loable, porque en el mundo todo debe ser continua fiesta, y el trabajo sobre todo. Pero yo espero que á pesar de ser este acto un epílogo á las fiestas de Málaga, no vengais aquí con el ánimo con que á las fiestas suele irse, á ver cómo me desempeño de mi función, á presenciar cómo lidio mi conferencia.

Todo debe ser fiesta, sí, y más que cualquier otra cosa, la enseñanza.

Y si bien os fijais, no otra cosa significa escuela. La palabra escuela, *schola*, significó en su principio, en griego, ocio, y hay que confesar que en el orden de la cultura la adquisición de los altos conocimientos empezó en el mundo merced á los ociosos. El hombre primitivo, sujeto á las necesidades de cada día, teniendo que ganarse el pan duro y áspero, no disponía de tiempo ni de ánimo para dedicarse á profundas especulaciones. Mas así que llegó uno que al esclavizar á otro le obligó á trabajar para los dos, pudo gozar de ocio para mirar á las estrellas y preguntarse por qué unas se movían y otras nó. Por esto se dice que son los que no trabajan los que pueden emplear el tiempo en averiguar lo que á nadie importa; mas hay que tener en cuenta que los que tal dicen no averiguan nada, ni que importe ni que no importe.

No está mal, repito, que lo convirtamos todo en fiesta, lo cual se ve más desde que en ferias y festejos de pueblos se traman certámenes y concursos de enseñanza pública. De hace algún tiempo acá las cuestiones de Instrucción Pública, lo mismo que las de Higiene, *se llevan* mucho en España. Y es lo malo que como todo lo que *se lleva*, llévase sólo en ciertos momentos, olvidándolo pronto, haciéndose muy poco de obra. Sucede con esto algo de lo que les sucede á los que tienen la manía de rezar, cuando lo del rezo llega, como es frecuente, á manía, y es que rezan á ciertas horas, y rezan en perfecta incomunicación con sus prójimos y con Dios, y sin sentir que lo hondo de la oración no es recojerse á ciertas horas en ciertos lugares para orar en ellos, sino hacerlo todo votivamente, convertir en oración todo, el trabajo, el descanso, el recreo y hasta el sueño.

Pero esto resulta difícilísimo en un País como el nuestro en que la más grave de las enfermedades que padece el espíritu es la falta de unidad en la vida. Raro, rarísimo es aquí el hombre que viva bajo un principio unitario, que tenga una concepción central á que subordine las demás. Y esta falta de unidad dentro de nosotros mismos, esto de que tengamos el espíritu disperso y lo dejemos girar al soplo del último viento, venga de donde viniese, ésta es la causa principal de la falta de solidaridad, cuyos perniciosos efectos sociales echamos de ver. Un hombre que no se propone fin alguno en su vida no puede nunca ser libre, y como no puede serlo, no puede nunca ser solidario con los demás, ya que la libertad no consiste en hacer uno lo que le dé la gana, lo que le dé la real gana..., y os hago gracia de no repetir una frase mucho más enérgica, pero mucho más grosera, que todos conocéis y que revela el concepto que de la libertad tenemos los españoles. (*Grandes y prolongados aplausos*).

Es cosa triste, á este respecto, el que las voliciones enérgicas no nos salgan ni de la cabeza ni del corazón, sino de donde no deben salir nunca. Esta unidad, dentro de la vida, nos hace una absoluta falta para tener libertad, porque ser libre, saber gozar de la libertad, es tener conciencia de la ley, y tiene conciencia de la ley quien sabe obrar bien. Y vemos, por los resultados que tocamos, que el único elemento que hoy hay de verdadera unidad, es el Estado. Esto es un mal y todo lo que se quiera, pero solo contamos con el elemento del Estado y á él hay que acogerse. En orden á la enseñanza puede decirse que lo único que hay en España, lo único que merece el nombre de enseñanza, aún siendo muy mala, es la que dá el Estado, es decir, la que damos nosotros sus servidores.

Pesa todavía sobre la mayor parte de nosotros un peso enorme y secular, que es el origen histórico del maestro. El maestro era en la edad antigua, en Grecia y en Roma, un esclavo; los señores de las grandes casas, los guerreros

entregaban á educar á sus hijos á los esclavos. Hoy todavía sucede en algunas casas empingorotadas algo de eso; el que les educa es un criado, y les educa en el espíritu del servilismo; porque un esclavo no puede educar bien. En la Edad Antigua lo verdadero, lo específico, era hacer buenos soldados; las demás cosas se reservaban para enseñarlas más tarde. Estos conocimientos comunes eran, repito, enseñados más tarde, y de ellos estaban encargados los siervos, De aquí dependía también, que como el fin de la educación era hacer buenos guerreros, el que á la educación de la mujer, que no había de ser guerrera nunca, se la tuviera en el mayor descuido, no educándola, hasta que llegó otro tiempo, la época del Cristianismo, en que permaneció también descuidada su educación. Y se habla, respecto de esta época, de que la Iglesia acogió bajo su amparo á los pueblos para educarlos, y hay que decir que la Iglesia, en rigor, nunca hizo más que educar para el sacerdocio; la Iglesia educaba en las ciencias eclesiásticas, y si enseñaba conocimientos profanos era cuando se podían relacionar ó podían ser como un medio para la adquisición de los conocimientos eclesiásticos.

Y aquí, en esta época, vuelve la mujer á encontrarse en una situación también de inferioridad y de abandono; porque si antes no podía ser guerrera, como ahora no había de ser tampoco sacerdotisa, pues para entenderse con la Divinidad necesitaba de un intermediario, y éste era el hombre, quedaba por tanto, la mujer abandonada. Y así siguieron las cosas hasta que la verdadera instrucción primaria en el sentido moderno, se determinó como una cuestión organizada por el Estado, y si el Estado la dió su impulso fué merced al movimiento de la Reforma; pues no hay duda, y esta es una cuestión indudable, que el avance verdadero, el avance grande en la educación primaria, en la instrucción de los niños, fué un avance debido al movimiento de la Reforma. Entonces se enseñaba á los educandos á mirar cara á cara á su Dios. Fué este paso de progreso, esta evolución grandiosa, hasta en el orden religioso se puede decir, una civilización de la religión en el sentido estricto de la civilización, fué hacerla civil de eclesiástica que era.

Cierto es, que una vez iniciado el movimiento de la Reforma, porción de asociaciones é instituciones, de órdenes religiosas católicas, se dedicaron á la Instrucción primaria, pero fué después. Y tened en cuenta que hoy mismo, si hay asociaciones religiosas católicas dedicadas á la enseñanza, es frente al Estado y merced á éste. Preparan á sus alumnos para que se les pruebe en aquellos conocimientos que de ellos exige el Estado, y si éste no los exigiera no se los enseñarían. Estoy completamente convencido de que, en el fondo, se tiende á mantener la ignorancia; he oído hacer el panegirico de la santa ignorancia y celebrar al ignorante, suponiéndole feliz. Tendríamos que entendernos respecto á lo que la felicidad sea, y desde luego he de repetir una frase que con frecuencia uso, y es, que prefiero ser un angel desgraciado á ser un cerdo satisfecho. (*Grandes aplausos*).

Continuó á partir de la reforma el movimiento en pró de la instrucción pública, y en el periodo llamado de Ilustración—la *Aufklärung* de los alemanes—en la época de la Enciclopedia, merced á la influencia enciclopedista en España, el rey más útil que hemos tenido—y no digo el más grande porque carezco de patrón para medir la grandeza de los reyes,—Carlos III se interesó por ella. Fué en su tiempo cuando se crearon en España las Sociedades Económicas de Amigos del País, de las cuales fué, si no estoy equivocado, la primera, la que se estableció en la provincia de mi origen, en Guipúzcoa. La Sociedad de Amigos del País de la provincia de Guipúzcoa, fundó el Real Seminario de Nobles de Vergara, y fué, en cierto modo, un foco de enciclope-

dismo templado. Fué su alma el Conde de Peñaflorida, en cuya casa se dice estuvo alojado Juan Jacobo Rousseau cuando visitó Guipúzcoa.

Y aquí esta Sociedad de Amigos del País, de Málaga, parece sostiene el amor á la enseñanza, al que debe ir unido el culto al niño.

El culto al niño es uno de los cultos más descuidados entre nosotros, y uno de los más necesarios. El niño es el misterio; de cada uno de nosotros, los que hemos llegado á cierta edad, se sabe lo que se puede esperar; tenemos una fisonomía marcada, una dirección dada, y por lo común impuesta por los demás. Pero un niño lo mismo puede llegar á ser un santo que un criminal, lo mismo un hombre inútil que un bienhechor. El culto al niño es el culto al porvenir, culto que tiene que cimentarse en un inteligente cultivo del pasado. Pues siempre que de progreso se hable, cabe preguntarse: ¿qué es lo que progresa? Desde que hay progreso, hay algo que progresa, y este algo es la tradición, lo que viene de atrás. Construimos nuestras esperanzas con madera de recuerdos, y quien mal recuerda, espera mal. Mas esas tradiciones, cuyo movimiento y vida constituyen el progreso, han de ser tradiciones vivas y no muertas, canteras y no escoriales. Hay un culto al pasado que es un culto lamentable y pernicioso, un culto que impide que se aproveche el pasado mismo. Recordaré una vez más aquello de los indios, que al ver las maravillas que producía el arado de vertedera, lo convirtieron en ídolo, y pintarrajeándolo lo erigieron para rendirle culto idolátrico, en vez de apeaar los ídolos y convertirlos en arados. (*Aplausos*).

Debajo de las tradiciones históricas, que nunca se sabe dónde acaban, porque hay la del siglo XVIII, y la del XVI y la del XIV y la del XII y hasta una tradición pre-romana y otra pre-histórica, debajo de ellas, está la tradición eterna, lo que permanece constantemente, lo que hay debajo de las formas transitorias que ruedan por la historia.

La superficie de la tierra cambia de fisonomía al cabo de los años ó de los siglos, y el mar, en cambio, el mar que es lo más movable, no cambia nunca. De él dijo Byron que los siglos han pasado sin dejar una arruga sobre su frente azul y que despliega sus olas con la misma serenidad que en la primera aurora. Y este mar que se extiende aquí, en Málaga, ante vuestros ojos, ostenta hoy la misma frente, la misma superficie que cuando arribaron acá los primeros navegantes fenicios; él es la cuna de tradición y de todo progreso. Y el mar, que es lo que más une á los pueblos todos de la tierra, es lo que mejor representa la niñez, el porvenir.

Y volviendo al culto al niño, se hace preciso que cambiemos de método de educación y no eduquemos á nuestros hijos como á nosotros nos educaron nuestros padres. No queramos que nuestros hijos sean hechos como se nos hizo. Hay que combatir toda tendencia á que se repitan procedimientos que nos ahogaron la personalidad en hipocresía, y que cuando nuestros hijos lleguen á ser hombres no se vean atacados de la anemia espiritual que nos consume.

La obligación que tiene todo padre es, después de haber visto qué dificultades ó daños le ha traído la vida por su modo de ser, evitar que aquellos mismos daños ó modo de ser análogo, le lleven al hijo hacia los mismos males ó desengaños de que él sufre, por lo que es menester darles á los hijos personalidad y quitarles hipocresía, esta hipocresía que á todos nos mina el alma en estas ciudades corroidas por la anemia espiritual, en donde los hombres tienen dispersas sus facultades, y que son causa de que sean sólo hombres de nombre ó hombres de doble ó de triple ó de cuádruple personalidad; es decir, de ninguna. (*Ovación estruendosa*).

Y habeis de preveniros contra un concepto que hace estragos, cual es ese de que aquí la primera materia—que así la llaman—, es excelente. A diario oigo decir, hablando del pueblo, que aquí es, en cuanto á materia prima, excelente, y al punto se me ocurre que no hay en rigor materias primas, porque todo en el mundo es forma, formas enchufadas las unas en las otras. Además, con buena uva solemos hacer vino malo. Esa idea de la excelencia de la materia prima nos lleva al error de creer que un hombre, sin más que su personalidad bravia, un hombre en bruto, puede servir para algo, que cabe improvisar hombres útiles.

Se habla de excelentes aptitudes naturales, se habla sobre todo de viveza de imaginación, en esta región sobre todo, imaginación que rara vez se desarrolla, ó yo no sé lo que es imaginación, pues no la veo en España como se dice.

La imaginación, si es algo, es la facultad de crear imágenes, no de repetir las aprendidas de memoria, y es, ante todo, la facultad de ver lo real en lo vivo, de volver á crearlo dentro nuestro. Y no sabemos imaginarnos lo mismo que vemos, volverlo á crear, no sabemos dar espiritualidad al mundo sensible. Repetimos lo aprendido, con más ó menos gracejo, pero sin penetrar en su esencia.

Y así sucede que llamamos poeta á uno que nada tiene de tal, á uno que á lo sumo hace versos, como llamamos profesor al que nada profesa.

Hay quien tiene el talento de administrar el poco talento que tiene, y no es ello poco; hay quien cambia su dinero en perras chicas, que abultan más en el bolsillo y hacen más ruido.

Más de una vez me han presentado á un muchacho, diciéndome: «fulano de tal, poeta», como si dijeran: sastre, abogado ó médico. Y cosas así se oyen á diario.

«A este pais le pierde el exceso de imaginación», «aquí nos pierde la poesía». Hé aquí expresiones que se repiten, y sin embargo busco la poesía por todas partes y no encuentro una gota de ella, y menos aún en los versos. A las veces se la encuentra uno en prosa y producida por uno que vende telas detrás de un mostrador. Hay de la poesía una idea tan errónea como de la imaginación. Un sujeto toma la pluma á ciertas horas del día y se pone á escribir renglones desiguales, y cátales poeta.

La poesía es algo íntimo que puede y debe encontrarse hasta en los negocios.

Por falta de poesía estamos enfermos. Y llego á lo más triste, á lo verdaderamente lamentable, al caso á que aludía mi amigo el Doctor Bejarano al hablar de la falta de higiene y del analfabetismo.

Me fio poco de las estadísticas, pero sé que hay en España muchos analfabetos. Sin embargo, no es el mayor mal á este respecto el número de analfabetos que hay, sino el hecho de que los que saben leer y escribir es como si no lo supieran, pues ni leen ni escriben cosa que lo valga. (*Nutridos aplausos*)

Y hay un caso mucho más triste que el que acabo de exponer, caso que quiero repetirlo aquí, porque es un caso poco conocido y mucho más digno de tenerse en cuenta tratándose del analfabetismo. Me refiero á que del tanto por ciento de analfabetos que hay en España hay un gran número que lo son por desuso: quiero decir, de gente que supo leer, aunque mal, y supo escribir peor, en cierta edad de la vida, y que ya no sabe leer ni escribir, por que salió de la escuela y no ha vuelto á ella en la edad que podía haber cimentado estos conocimientos. Y aquí entra lo triste, lo verdaderamente triste del caso. Hay unas vacaciones escolares oficiales que empiezan en toda Espa-

ña en la misma época del año, como si el clima y demás condiciones de las distintas provincias fueran iguales, empezando dichas vacaciones en un mismo día en todas las escuelas y en todos los centros docentes y concluyendo también el mismo día. Pero de hecho, en todas partes las vacaciones efectivas empiezan mucho antes; comienzan desde el momento en que los padres necesitan á sus hijos para ir á la trilla ó á cualquier otro sitio en donde puedan ganar una perra; y en la mayor parte de los pueblos rurales faltan á las escuelas unas veces porque tienen que cuidar al más pequeño de sus hermanos y otras porque los padres les mandan á pedir limosna, y generalmente cuando se les manda á la escuela ¿para qué? Para una cosa también triste. La frase es verdaderamente lamentable: *para que no den guerra en casa*. Decidme, señores, con esto qué idea revelan esos padres de la paz del hogar si esos hijos *dan guerra*.

Me ocurrió en cierta ocasión que se me denunció la escuela de un pueblo porque reunía malas condiciones higiénicas y pedagógicas; hice una información y averigüé la capacidad que tenía y demás condiciones; por una parte era subterránea, llegaba la tierra hasta la mitad de ella y estaban las criaturas como las ovejas en el sudadero antes de que las vayan á esquilar, y dije á la maestra que la cerrara y la cerró. Y poco después vino el alcalde á quejarse, y me decía:—¿Pretenderá esa tía (era su manera de hablar) querer á nuestros hijos más que nosotros mismos? ¿Cómo van á estar sin escuela? Esto es lamentable. Mire usted; que enseñe ó que no enseñe, eso es lo de menos; pero es que en este tiempo que ha tenido cerrada la escuela la maestra, mi niña ha roto dos pares de zapatos y unas chicas la apedrearon.

Para aquel pobre hombre la escuela es un sitio donde se recoge á los niños para que no rompan el calzado. Denuncia un estado de sórdida ignorancia, de egoísmo, y denuncia, hay que decirlo, dureza de corazón. Dureza de corazón, sí; los padres tienen á sus hijos para aprovecharse de ellos, no para servirlos. Por egoísmo los educan y los inclinan en uno ú otro sentido. Hubo tiempo en que se dedicaba al sacerdocio á los segundones de las familias acomodadas, por conveniencias de la familia se les metía en la iglesia, y aún hoy en día hay cierta frase bastante en boga y es aquella de: «lo del cura siempre dura» puesta en boca de las madres. Frase no menos brutal que aquella otra de «angelitos al cielo!» ó la igualmente impía de: «teta y gloria!» Uno de los fines del matrimonio es, según el catecismo, criar hijos para el cielo, y no queremos comprender que el cielo está en la tierra (*Aplausos prolongados*).

Y hay en esto de los hijos detalles tristísimos.

Yo he conocido un pobre hombre, paisano mío, que se ha encontrado á cierta edad de la vida, agitado por una porción de vientos tempestuosos del espíritu, dentro de una orden religiosa, porque le llevaron allí sus padres para deshacerse de él, como pudieran haberle llevado en cierta edad más tierna al torno; y esto es egoísmo, esto es dureza de corazón; hay que decirlo más claramente: eso se llama *malthusianismo*.

Y á propósito de malthusianismo, he de decirlos que cada vez que oigo en España censurar eso que se supone corriente en Francia, de limitar los nacimientos, contesto: tan malthusianos somos como ellos; peores aún; ellos limitan los nacimientos; nosotros no limitamos las muertes. Son dos modos de resolver el problema: ¿cual peor?

Francamente, en un país donde ocurre esto, lo que hace falta principalmente no es cultura, sino amor; en un país así, la cultura, en el sentido ordinario de ilustración, de ciencia, y de saber, no es lo que más se necesita, porque lo que hace falta es amor. Vemos que este es un pueblo brutal, de agitaciones salva-

jes, pero un pueblo absolutamente helado y frio, un país en que á más de la falta de amor, lo que hace sus veces toma formas brutales y primitivas. Hablamos de los derechos de los padres; ¿y quién protege á los hijos contra los padres?

Lo que aquí falta es amor, amor. Y así los padres no saben rendirse á una vida de sacrificio, de sacrificio de las generaciones, que son á las que han de venir.

Siete hijos me ha dado Dios, y junto á ellos, á los naturales ó de la carne, tengo por ahí, esparcidos por España, hijos del espíritu, que serán los que digan lo mejor mío.

Decía el Doctor Bejarano que unos siembran la piña y otros recojen los piñones del árbol. Si tuviéramos alma de padres nos sentiríamos todos obligados á sembrar piñas de pinos que no hemos de ver crecidos, saldriamos todos de la torre de marfil del egoísmo. Todo el que se sienta espiritual debe esforzarse por escalar y conquistar puestos públicos y desde allí abrir cauce al Estado, pues á éste le compete hoy la cura de almas.

Y esto me lleva á deciros algo del patriotismo, del patriotismo que sabe servirse del Estado, pero no sucumbiendo ante él. Hay que sentir el patriotismo como una religión, de un modo religioso.

Y mientras no sintamos la virtud del patriotismo de una manera religiosa, poco se hará aquí. Háblase ahora mucho de la cuestión religiosa, llamando así á la que no es más que cuestión político-eclesiástica, y todos vuelven los ojos al ejemplo de lo que ha hecho Francia. Pero es menester no perder de vista que en Francia ha habido una voluntad firme, persistente y perseverante, representada sobre todo por una minoría formada en su mayor y mejor parte, de descendientes de los antiguos hugonotes. Es más el espíritu de Rousseau, del soñador Rousseau, del ginebrino, hijo espiritual de la Reforma, que no el espíritu destructor de Voltaire el que ha hecho la obra última. Y aquí no pasamos de volterianos.

Junto al volterianismo no hay apenas sino la religiosidad del negro, que es tanto más religioso cuanto más inmoral. Y con estos elementos no cabe resolver el problema religioso en España.

Es preciso elevar el sentimiento de la patria hasta la altura de un sentimiento religioso, anticipación del sentimiento de otra patria, que si no es más que un sueño, el soñarla es ya un principio de vida.

La patria se fundó aquí más que en el amor, en el odio; la unidad nacional se cimentó sobre la unidad religiosa y así llegaron á ser cosas consustanciales, trayendo el funesto maridaje del altar y el trono, que si es dañoso al trono, no lo es menos al altar. Cimentamos la patria en el odio, en el odio al infiel, y aún hoy mismo al que manifiesta ciertas ideas religiosas cristianas, pero no católicas, se le estima más que como hereje, como anti-español, como vendido al oro inglés. Cimentamos la patria en el odio, y hoy, como no tenemos ya infiel contra quien luchar, hemos dado en luchar los unos contra los otros y lo más del regionalismo no se cimenta sino en odio. Luchas éstas que más que políticas son culturales.

Las luchas del regionalismo son, en efecto, luchas originadas por discrepancias culturales. Regiones y pueblos en España que no pueden convivir con otros, mientras éstos vivan como viven. Unos luchan llenos de pasión, otros languidecen en el frío de la indiferencia. Preguntándole á un regionalista qué pedía, hubo de contestar al que se lo preguntaba: que no puedo convivir con ustedes. Y al replicar éste: «vamos, sí, que no soporta usted á los africanos» retrucó aquel: «¡no, ni á africanos llegan ustedes!»

La falta de amor, la falta de amor es el origen de todo mal. Y como á los individuos, azota á los pueblos, á las regiones. Junto á comarcas enfebrecidas hay otras en que las almas se hielan de frío, del frío horrible de la indiferencia. Recuerdo el final de la oda de Carducci «Sobre el monte Mario» cuando nos pinta el fin de la humanidad, cuando recojida ésta bajo el ecuador, á las llamadas del calor que huye, no le queda á la extenuada prole más que una sola mujer, un solo hombre, que erguidos entre muertos bosques, entre restos de montes, lividos, con los ojos vidriosos, vean poner al sol sobre el inmenso hielo. Y aquí, en España, nos morimos de frío espiritual. Nada nos da calor, nada nos entusiasma; todo se vuelve á conversación del momento. Se le dicen á uno unas cuantas verdades, contesta: «tiene usted razón» y ahí queda. Y así es imposible fundar sobre la patria territorial la patria del espíritu.

Hay que erigir sobre la patria del terruño la patria espiritual, que sea el comienzo del reino de Dios, ya que el Cristo nos enseñó á pedir día á día el advenimiento de su reino. Venga á nos el tu reino, decimos, y no «váyanos á tu reino», sino venga él á nosotros. (*Grandes aplausos*). Y ese reino no vendrá si no lo traemos, pues en las Escrituras mismas se nos dice que el cielo padece fuerza.

Hemos de dirigir á la juventud, á la juventud sobre todo, para que se haga pródiga sacudiendo toda avaricia espiritual. A donde quiera que voy en estas mis correrías por España pregunto siempre por los jóvenes y á todos los encuentro amargados por un dejo de tristeza, de desaliento, como si lo soportaran desde nacimiento, como si llevaran la frente abrumada por fatiga de siglos, por la tristeza de sus abuelos. Parece como si pesara sobre ellos la muerte de sus antepasados. Pregunto á uno «¿qué hace usted?» y me responde: «me busco»; insisto: «en donde?» y él: «en casa». Y entonces yo: pues si no se busca usted en medio de la calle jamás se encontrará.

Cada cual no es más que su propia obra. Yo no soy sino mi obra; por donde voy, voy deshaciéndome, pero así me hago. Qué importa que se borre el cuño de mi moneda, si es oro de ley su oro? Y, sin embargo, preferimos dar moneda falsa en que persista nuestro cuño y nuestra leyenda.

Ved á los jóvenes maldiciendo del pasado, abominando de los viejos, con notoria injusticia muchas veces, pero en tanto cortejan al futuro suegro, de los faldones de cuya levita se agarran para elevarse. (*Aplausos*).

Y ahora, para concluir, he de daros las gracias por vuestra benevolencia al escuchar esta conversación desgranada, desgabillada, este ir diciendo las cosas según de la grosura del corazón me brotaban, y haberme permitido así añadir un nuevo sillar á la fábrica de mi espíritu. ¡Quiera Dios que cada cual de nosotros encuentre su unidad de espíritu, se encuentre á sí mismo, y así quepa solidaridad entre todos!

A todos las gracias, y quiera Dios que cuando, pasado el tiempo, recordeis alguna vez acaso algunas de mis palabras de esta noche, puedan ellas sugerirnos pensamientos que no pasen por vuestro espíritu como viento estéril.

Gracias una vez más, y quiera Dios que podamos un día estrecharnos en unión más estrecha, más firme, con más corazón, con más calor, que tanta falta nos está haciendo.

HE DICHO





En el Círculo Mercantil



DESPÚES de dar las gracias, señores, al señor Presidente de esta Sociedad por la presentación que de mí ha hecho, he de dirigiros un ruego, cual es el de que me permitais hablaros esta noche sentado. Ello me recuerda la manera como de ordinario hablo en la labor continua de mi cátedra, y así es como podré dar reposo á mis palabras. Gusto de gozar tranquilidad y calma en estos trabajos.

Esta es, señores, la tercera vez que visito Andalucía. Fué la primera hace ya más de veinte años, siendo estudiante, en que aproveché unas vacaciones de Semana Santa para ir á pasarlas en Sevilla; de la impresión allí entonces recibida guardo muy pocos y muy vagos recuerdos. Pasados bastantes años, no hace aun tres, fué mi segunda visita; pasé unos días en Almería y toda la primera quincena de Setiembre en Granada. Y ahora es la tercera vez en que vengo á esta región. Y viniendo, como vengo á ella, de paso, es muy difícil ver bien lo que uno desea bien ver, pues apenas ve sino de un modo algo forzado lo que le enseñan. Sin embargo, este conocimiento imperfecto se completa y perfecciona por el trato con personas de esta región, aunque sus informes nos equivoquen muy amenudo.

Si la idea que un visitante se forma del país que visita suele ser, casi siempre, por parcial equivocada, no lo es menos la que se forma el indigena. Sucede con los países lo que sucede con los individuos. Decía el famoso humorista norte-americano Wendell Holmes que cuando hablan Tomás y Juan hay seis personas en trato y son tres Tomases. Tomás según él es, el Tomás tal cual él se figura ser, ó sea el Tomás de Tomás, y el Tomás de Juan, ó sea según Juan le cree, y tres Juanes. Juan tal cual es, el Juan de Juan, y el Juan de Tomás. Y así con los pueblos. Hay el pueblo este ó aquel según es, según le creen los demás y según se cree él á sí mismo. Observad á este respecto un caso curioso, y es que cuanto en España llamamos portuguesadas, llaman los portugueses *hespanholadas*, y es que cada uno de nosotros ve en el vecino los defectos que nos son comunes. Y del mismo modo hay maneras de obrar y de decir á que se llama andaluzadas y que en rigor son españoladas.

Difícil es juzgar á un pueblo por tan rápida inspección como la mía de éste, pero yo os debo una franca hospitalidad y estimo que la mejor manera de pagarosla es deciros lealmente cuanto respecto á este país se me ocurre. A un hiesped le es permitido mucho, y mucho más á un hiesped como yo, que acostumbra tomarse permisos antes que se los den. (Risas).

Es este un país que peca de quejumbroso; su expresión es una continua queja, y es la queja de la no resistencia. A cualquier observación que hago aquí, se me responde casi indefectiblemente: «tiene usted razón; esto está muy mal» pero dicho de un modo que recuerda la manera del lipemaniaco, que se complace en su dolencia. Es un modo de decir, como si le importara poco lo mal que dice estar ó como si en el fondo, no creyera estar tan mal como dice.

Y esto de encontrarse uno con la no resistencia es lo que más desbarata. Antójasele al que así se vé que se las ha con seres de naturaleza gelatinosa, sin huesos, y ante esta no resistencia, desfallece.

Las gentes no resisten, sino que se recojen en sí, se reconcentran, no luchan.

Y observad un mal que no es sólo de aquí, sino de toda España, aunque acaso en esta región se acentúe, y es la falta de personalidad. A cuyo respecto me conviene aquí, corriendo una vez más el riesgo de aparecer paradójico, explicaros metafóricamente la antinomia que establezco entre personalidad é individualidad y cómo puede haber un máximo de ésta con un mínimo de aquélla. Y por lo que hace á este empleo de la paradoja y la metáfora sólo os diré que una y otra son los elementos capitales de la oratoria evangélica.

Hay gentes que con marcadísima individualidad carecen casi en absoluto de personalidad propia. Llamo individualidad á lo que podría decirse el continente, y personalidad al contenido espiritual. Hombres hay que se separan de los demás muy fuertemente, viven como encerrados dentro de una costra, corteza ó caparazón recio, pero estando vacíos por dentro, y otros, por el contrario, que no separándose de los demás, sino por leve membrana, á través de la cual se verifica activa ósmosis y exósmosis, están llenos de un riquísimo y variado contenido. Con frecuencia me encuentro con gentes que me hacen el efecto de ánforas de recio y espeso casco, pero vacías, sin caracter alguno, sin personalidad. Todas son iguales.

La célula vegetal, encerrada en un rígido parenquima, con límites precisos, no puede decirse que sea más rica que la célula animal, más vaga, más indeterminada en sus contornos. Y los individuos en España tienen una constitución de espíritu que los acerca más á la célula vegetal que no á la animal, y de aquí que la sociedad que formamos tenga tanto de puramente vegetativa.

Todos nos quejamos de la falta de solidaridad social que nos aqueja, y ella proviene de esa pobreza de personalidad y esa hipertrofia de la individualidad de continente. La solidaridad brota de la necesidad que los hombres sienten de derramarse; nos buscamos más para darnos de lo que nos sobra, que no para pedir de lo que nos falta. Y como aquí nos sobra tan poco, nos buscamos poco los unos á los otros.

Permitidme que os lo diga aquí, en un Casino; la sociabilidad que se muestra por la abundancia de gente en los casinos, en los cafés en las reuniones callejeras, no es verdadera é íntima sociabilidad, sociabilidad fecunda; no es sino necesidad de roce, pero no de compenetración. Conoceréis sujetos que han estado durante largo tiempo jugando juntos al tresillo, día por día, y si falta uno, apenas si los otros le echan de menos. Y es que nunca estuvieron en comunión de espíritu. Y teneis en cambio, pueblos en que apesar de reunirse poco los hombres á la luz del día se hallan unidos en espíritu cuando de alguna labor social se trata.

Aquí la gente apenas se asocia si no para holgar. Y á este respecto recuerdo la observación aquella de que cuando se ve aquí reunida gente en la calle, en grupo, es para ver trabajar, no para trabajar. Se le volcó á uno el carro y al punto le rodean curiosos á ver cómo lo endereza pero sin que nadie le eche una mano. Los hombres se asocian aquí para holgar.

A esta flaqueza para la solidaridad activa y espontánea se debe eso de que cuando aparece un individuo de acción más enérgica, más violenta que los demás, le rodeen otros al punto. Cualquiera persona de fuerte actividad se hace al punto núcleo de otras muchas. Y así se produce el caciquismo.

Es el caciquismo hoy, sin duda, una especial forma de asociarse gente, agrupándose bajo el cacique, que nos recuerda formas de las sociedades primitivas. Y observad que en esta forma tan rudimentaria de sociabilidad, así que deja de existir el hombre-núcleo, el sujeto vigoroso de que depende el grupo, éste se deshace. Muerto el cacique, la asociación que formó desaparece. Era una asociación desprovista de personalidad y pendiente de la del cacique, que era su individualidad colectiva.

No hay verdadera sociabilidad y no la hay porque no se asocian y compenetran personas, sino individuos. Y en vez de personalidad tienen los pueblos, como los hombres, una máscara, una ficción de personalidad. Y esta máscara suele con harta frecuencia ser máscara que nos imponen los demás, máscara que no brota de nuestra cara.

Y vedme en el terreno de eso que se llama lo pintoresco de un pueblo, y que suele ser, amenudo, desgraciadamente, no algo castizo y propio, sino pegadizo y de prestado. Voy muy poco al teatro, pero estando, hace tres años, en Almería, fuí una noche á él á ver un baile que llamaban baile andaluz y me aseguraron que las bailadoras lo bailaban aparisiensado. Ellas eran granadinas, pero residentes desde largo tiempo en París y bastaba verlas en la calle para comprenderlo, y su baile un baile andaluz aparisiensado. Y recordé que cuando el arte japonés empezó á hacer furor en Europa vinieron jóvenes japoneses á estudiar en París dibujo para poder aparisiensar su arte indígena y quitarle la crudeza castiza. Y vaya una anécdota á este respecto y es la de aquel viajero que pidiendo en Suiza el precio de una de esas chucherías que allí se venden como objetos del país, y encontrándolo caro, exclamó, «pero si en París lo venden más barato!» á lo que le replicaron; «claro ¡como que está allí la fábrica!» (Risas).

Pues bien, la fábrica de mucho de lo pintoresco andaluz está en París ó en otra parte fuera de Andalucía. En esta vuestra tierra, lo sabeis mejor que yo, hay una máscara tradicional andaluza, un pintoresco andaluz contra el cual veo con sentimiento de esperanza de días mejores para vosotros que protestan aquí muchos. De cuanto se os cuelga por ahí á los andaluces, lo peor es lo pintoresco andaluz, y lo que más daño os hace.

Extranjero hay que viniendo bajo la impresión de esa leyenda pintoresca, se lamenta de la desaparición de ciertas cosas, y hasta no ha faltado quien se llamara á engaño porque al atravesar Sierra Morena no fué asaltado por un bandido generoso.

Y ahora voy á contaros un sucedido que lei no ha mucho y referente al gran poeta y gran italiano José Carducci. Cuenta Annie Vivanti que viajando el poeta por Suiza se le acercaron dos alemanes, un viejo y un joven, diciendo ser aquel un profesor y este un poeta. Saludáronle y el joven le dijo que como en Alemania todos son poetas y él era un gran alemán, era por lo tanto, un gran poeta aunque en su vida hubiese escrito un verso, si no que vivía de la poesía, y que al entrar en Italia su primera estrofa quería fuese entrar

con la mano en la mano de Carducci. Accedió éste y les dió lugar en su coche. Según iban en él el joven alemán recitaba á Carducci una traducción alemana de los sonetos del *Ca ira*, mientras el poeta llevaba con la mano el compás. Atravesaron la frontera, dieron vista á Italia, y al punto se presentaron al lado del coche en la carretera, unos mozaletes andrajosos y descalzos pidiendo limosna, y luego un hombre. Los alemanes les echaron un puñado de *perras* y al ver á los chiquillos y al hombre echarse sobre ellas y luchar entre polvo por arrebatárselas, exclamaron aquéllos: «qué primitivo y pintoresco es esto!» No bien lo oyó Carducci, se puso de pié, rojo de indignación, y gritó al cochero: para! Paró el coche, y el gran poeta exclamó dirigiéndose á los extranjeros y señalándoles la carretera: abajo! Bajaron, no sin que el joven, con los ojos mojados, besara la mano de Carducci para decir al cochero enseguida: adelante! Aquí teneis uno de los más hermosos poemas de Carducci, que tan hermosos ha escrito.

Esa santa y noble indignación patriótica quisiera yo queuviéseis en casos parecidos, ante la exhibición de vergonzosas escenas pintorescas. Y cuando algún extranjero aburrido venga buscando una *juerga* más ó menos pintoresca y gitana, y se la preparen, haya quienes tengan el valor de gritar: fuera! y le pongan en la carretera.

Es realmente vergonzoso que se llegue hasta el extremo de hacer ostentación de miserias materiales y morales. Fíngese unas veces una alegría de que se carece; se finge otras una tristeza que tampoco existe. Tristeza y alegría parecen teatrales, de comedia, pintorescas. Y así unas veces se nos habla de la alegría andaluza y otras de la tristeza andaluza, y se hace la leyenda de la una y la de la otra.

No sé si este pueblo es alegre ó triste; sospecho, más bien, que está por debajo de la diferencia entre alegría y tristeza, amodorrado en un estado de indiferencia emocional. Y por lo menos dudo mucho de que llegue á aquellas regiones del espíritu de donde brota la fuente de las hondas y duraderas emociones. Allí la alegría se funde con la tristeza.

Los placeres más elevados, que son á la vez los más baratos, sólo se conquistan al precio de inquietudes constantes y profundas, inquietudes que no es posible mantener abiertas y fecundas viviendo demasiado en la calle ó en sitios como éste, en que los hombres se rozan sin compenetrarse y se rozan amenudo en roce harto violento.

A falta de esas inquietudes supremas, de orden religioso sobre todo, es difícil que un país cualquiera llegue á cobrar caracter propio.

Y no acabo de explicarme cómo han muerto aquí inquietudes tan vigorosas, tan robustas, tan hondamente castizas, como eran las preocupaciones de Séneca, pongo por caso, austero espíritu que nació y se crió cerca de aquí, en esta región, ó las de algunos otros pasados ingenios andaluces inquietados por las más altas y más profundas preocupaciones que pueden alcanzar al hombre. ¿Qué ha pasado para haberse secado aquella fuente de espiritualidad andaluza?

Sin duda es que la imaginación ha perdido aliento y se ha disipado. A falta de trigo que moler se ha molino á sí misma, disgregándose y gastándose.

Ha decaído la imaginación, y tan decaída está, que se limita á producir lo más rudimentario, lo más tosco, lo más pobre del ingenio: el chiste. Y el chiste en su forma más miserable, disgregado, fragmentario. Observad que se escribe un sainete para colocar en él cuatro ó cinco chistes trabajosamente recogidos, y no que ellos broten naturalmente del contexto. No es algo fluido, orgánico. Y así se llega á una apariencia de imaginación, á que circulen unos

cuantos tópicos de ingenio, unas cuantas metáforas, que manejan los que son incapaces de parir uno nuevo acrecentando el caudal común.

Y á esta pobreza imaginativa, hija de pobreza emocional, hay que atribuir esa tendencia á evitarse lo que llamamos quebraderos de cabeza, á delegar en las cosas del espíritu.

Uno de los principios cardinales de la vida espiritual del español es el de delegar; no quiere tomarse el trabajo de pensar por sí. Me contaba un amigo que dió en un tiempo en estudiar medicina persiguiendo el conocimiento de sus propias dolencias y como empezara á hacerse aprensivo imaginándose padecer la enfermedad cuya descripción acababa de leer, se dijo: dejémoslo; no me importa saber si tengo hígado ó pulmones y para qué sirven; ahí está el médico, cuyo oficio es curarme, si me siento malo le llamo y él verá lo que tengo, y si me mata, por su cuenta. Y esto que digo del médico—añadía—lo digo del cura; no quiero quebrarme la cabeza estudiando cosas de religión; ahí está el cura á quien le pagamos para que las estudie, y si nos engaña, allá por su cuenta.

Y este triste principio de la delegación lo llevamos á las cosas más vitales, á las más hondas, á las que afectan al fondo permanente de la vida. Desconsuela el ver cómo las gentes, se sacuden de averiguar ó conocer ciertas cuestiones, dejándoselas á otro. Y esto lo hacen los que pasan por sensatos.

Pasan por sensatos y se pasan de sensatos. Y aquí teneis abundantes ejemplos de ello. Cuando oigo decir que por acá abundan los hombres informales replico que no es así, sino que abundan los hombres infundamentales, pero formales, muy formales. Cultivan las formas, si bien ligeras y exteriores, pero viven sin cuidarse de las cuestiones eternas, sin inquirirlas por propia cuenta, delegándolas. Desacostumbrados á pensar por sí mismos, se sienten molestados cuando se les hurga el adormecido pensamiento y se escandalizan cuando se les rompe el rutinario hilo de él. Estiman extravagancia cuanto rompe sus inveterados hábitos de pensar y lo que más les sorprende es oír negar algo, valga ello lo que valiere, que nunca oyeron negar, oír por primera vez negar lo que siempre tuvieron por inconcuso.

Hablando con personas de firmes y arraigadas convicciones ortodoxas, y combatiendo, con respeto, por supuesto, esas sus convicciones les he notado recibir serenamente mis negaciones y no escandalizarse de ellas. Si se les niega la existencia de Dios, ó se sostiene cualquier otra tesis que según ellos ataca á los fundamentos de la sociedad, la rechazan, sí, pero la oyen con relativa calma, porque la han oído ya otras veces y no les suena á novedad. Pero decidles cualquier cosa que no tenga alcance alguno, pero que implique la negación de algo, de algo secundario é indiferente para la vida moral y religiosa, que no han oído negar nunca, y se os exaltan. Y así resulta que el pluscuamperfecto ó el pronombre relativo son más sagrados que los que pasan por los más sagrados dogmas.

Y esa ociosidad de la imaginación, luego que el hombre ha delegado el inquirir las cosas más vitales, esa ociosidad se llena entregándose el sujeto á ocupaciones realmente ociosas. Una de ellas es la erudición, que no muy lejos de aquí florece; cuando consiste en coleccionar relatos de sucesos pasados, bien etiquetados con sus fechas, para luego no sacar del conocimiento de esos sucesos nada que se refiera al espíritu. Es un modo de matar el tiempo.

Conozco en un círculo un grupo de personas que se pasan seis meses del año hablando de la corrida de ferias pasadas, y los otros seis de la corrida que está por venir. No me parece lo peor el que haya aficionados á los toros, lo peor es que se pasen lo mejor de la vida hablando de ellos. Y notad cómo



cuando con tanta frecuencia se predica desde el púlpito contra el teatro y la novela, no se predica casi nunca contra los toros, si es que no los disculpan. Y he observado que en mi país, por lo menos, todos esos á quien llamamos de ordinario reaccionarios suelen ser aficionados á los toros. Y preguntando yo en cierta ocasión á cierto sujeto en qué consistía eso de que los curas no predicasen contra los toros, me contestó: mientras las gentes se entretengan en hablar de toros no hablarán de otras cosas peores; más vale que vayan á la plaza que no á la taberna á discutir de política ó de religión. Y vi claro que se trata de distraer su mentalidad de lo que más debiera ocuparla.

Una horrenda superficialidad distingue á casi todas nuestras conversaciones diarias. Piérdese el tiempo en hablar de las cosas más fútiles, alargando temas insustanciales. Diríase que los espíritus que así se apacientan son espíritus de una lamentable simplicidad, especie de organismos rudimentarios.

Y estos espíritus rudimentarios, simples, suelen tener estallidos de violencia deplorable. A falta de personalidad, tienen una recia y espesa individualidad, una costra dura y gruesa, y cuando ésta se les rompe, son de temer. Su sentimiento del amor propio es devastador.

Y ese sentimiento de amor propio en los espíritus rudimentarios por dejación de labor íntima, por delegación de hondas inquietudes, ese sentimiento del amor propio, en los espíritus que embotaron su imaginación, suele exteriorizarse en el sentimiento de la virilidad en su forma más brutal y más tosca, en su forma sexual. Figúranse que un hombre es tanto más hombre cuanto más sexualmente lo es, y esto les lleva al matonismo, contra el cual nunca habrá palabras bastantes de execración ni forma alguna de defensa social que sea demasiado violenta.

Es realmente triste lo que al respecto pasa. Es el índice de la cultura ó incultura de un pueblo. No puede llamarse país culto y libre á aquel en que los ciudadanos andan de ordinario armados; en ningún país libre llevan las personas decentes armas áuestas. (*Muestras de aprobación*).

Y hay otra cara tristísima en este aspecto de incultura social, cual es el de que las gentes que viven en el estado de rudeza primitiva que ella revela suelen ser gentes más serviles, de las que más llevan en la boca el eterno «mi amo», de las que más toleran ataques á la dignidad humana, gentes con alma de tirano y á la vez de esclavo, pues de la misma masa se forjaron uno y otro.

Y con el concepto del valor que ese sentimiento de la virilidad puramente sexual lleva consigo se une y compadece una de las más lamentables cobardías: el miedo al ridículo. Donde más se cultiva el valor animal es donde más falta el otro, el espiritual. Y no lo digo por esta región tan sólo; me refiero á España toda. Pocas cosas nos paralizan más en España que el temor de dar la cara; pocas cosas se temen más que afrontar el ridículo. Por temor á caer en ridiculez muchos nobles espíritus se sumen en la impotencia.

Es el temor al ridículo el que corrobora y acrecienta el hábito de delegar, y no falta quien lo hace sin darse de ello cuenta. Mientras se oiga lo de: «sí, eso hay que hacerlo, pero ¿por qué lo he de hacer yo?» no habremos adelantado un paso; es menester que se diga: «eso hay que hacerlo, ¿por qué no he de ser yo quien lo haga?» El paso del sentimiento que implica la primera proposición al paso que implica la segunda, es el paso más decisivo en la vía del progreso espiritual. (*Aplausos y muestras de aprobación*).

La moral, os lo decía la otra noche y quiero repetirlo ahora, la moral en los pueblos decaídos tiene que ser agresiva. El que sólo da lo que se le pide, ó el que se limita estrictamente á eso que llamamos cumplir con su deber, apenas puede decir que gana justamente el pan que come.

Vedlo en nosotros mismos, los catedráticos. No concuerdo con aquellos de mis compañeros que dicen que estamos mal retribuidos. Para lo que hacemos hay que confesar que se nos retribuye bastante bien. Más derecho que nosotros de lo mal retribuidos, tienen los demás ciudadanos á quejarse de nosotros, de S. M. el catedrático, que despacha con una hora de clase al día y esto cuando no hay vacaciones, que es casi la mitad de los días, que no tiene de hecho á nadie sobre sí, que hace lo que se les antoja. Si yo me limitase á lo que se llama cumplir con mi puesto y mi cargo, no creería ganar el pan que el Estado me dá. Sólo dando uno más de lo que se le pide, tiene derecho á pedir más de lo que se le dá.

Pero sucede que los buenos, los que pasan por tales, se meten en su casa y dejan libre el campo á los otros. Y es menester tomar en cuenta que, como decía Platón, cuando en una sociedad los buenos se mantienen retirados en sus casas, es con toda justicia que gobiernan los peores. El hombre de posición elevada que no vive más que en el sosiego doméstico, el verdadero neutro, no tiene derecho alguno á quejarse. Sólo han podido hacerse fuertes aquellos países en que las clases que llamamos dirigentes han sentido su responsabilidad social. Pero aquí no sucede así; los que llamamos buenos y honrados son cobardes, y el cobarde no es bueno, sino peor que el malo. Si son malos los que nos dirigen sonlo por la lamentable y vergonzosa complacencia de los que se llaman buenos, y las relaciones entre unos y otros son de tal índole que convierten á nuestra sociedad en algo así como una moza del partido. Se oye á todos decir horrores de un sujeto, cuyas dañinas fechorías se comentan, y todo el mundo, sin embargo, le dá la mano.

Y este tristísimo estado de cosas persistirá mientras sigan nuestras gentes distraídas en esa especie de ociosidad espiritual en que se adormecen, en esa mortal indiferencia bajo la que se forma un estado social verdaderamente amenazador.

De cuando en cuando se habla del carácter de pavorosidad que vá tomando la cuestión llamada social en esta ó la otra región española y de las terribles consecuencias de instituciones como la de los grandes latifundios y las grandes fortunas acumuladas en manos de personas que no se interesan, ni poco ni mucho, por el bien general del país, y acaso esto que parece un mal, llegue á ser un día la verdadera esperanza de salvación para nuestro pueblo.

Vivimos en una estepa que se ha estado siglos enteros abandonada, yerma, mirando al cielo y no hay que esperar si no de un terremoto, de una conmoción violenta de sus entrañas, á cuyo favor se agriete, se alumbren fuentes y pueda así cubrirse de follaje el páramo. Necesitamos un terremoto que sacuda toda nuestra máquina social, y derribe lo podrido y debil, llevándose de paso lo más de lo pintoresco, y ponga al descubierto las entrañas del pueblo.

Yo no sé si aquí, en esta tierra, podría arraigar un movimiento de veras regionalista. Aquí son pocos, muy pocos los regionalistas; los andaluces tienen por lo común á gala el no serlo, y es ello un mal. Acaso le sea á esta región más difícil que á otras el lograr plena conciencia de su personalidad y es una desgracia, pues no la logrará España toda mientras no lo logren cada una de sus regiones componentes.

Acaso es Andalucía una de las regiones que más necesita cobrar conciencia de su propia y castiza personalidad, sacudiendo la máscara, más ó menos pintoresca, que la han impuesto. Sólo cuando un pueblo se ha descubierto á sí mismo es cuando puede decir que constituye una nacionalidad. Aquí habeis tenido hombres políticos de gran fama y nombre en España, acaso sean esta región, con Galicia, las dos que en cierto periodo han dado más hombres á la

gobernación pública. Y ¿dónde se ve aquí el fruto de ello? ¿qué ha ganado vuestra personalidad colectiva con la exaltación de esas personalidades individuales?

No sé—y llego á un punto que me gusta tocar casi siempre que hablo—no sé si podrá esperarse algo de la llamada juventud intelectual. Donde quiera que voy se me presentan cuatro, cinco, seis, quince ó veinte muchachos que se me dice pertenecen á la juventud intelectual, é inmediatamente traduzco que se trata de jóvenes literatos, porque aquí parece que no hay más intelectualidad que la literaria. Es cosa realmente curiosa; y no sé si se deba á que los que dedican su inteligencia á otros estudios que no sean literarios, se exhiben menos, mas es el caso que en España parece como si la intelectualidad se redujera á lo literario. Y os lo digo yo, que soy ante todo un literato, pero que lamento como el que más, el mal del literatismo. Es difícil encontrar en España, en algunas de sus regiones sobre todo, muchacho de 24 años que se tenga por intelectual, y que no tenga su librito de coplas publicado ó por publicar. Y así la verdadera actividad se desgasta inutilmente.

Lleva, además, esta manera de ser de nuestra juventud un grave mal consigo y es que los sujetos literalizados acaban por vivir una vida de teatro, exhibiéndose á sí mismos, no escribiendo lo que piensan y sienten sino pensando y sintiendo para escribir, perdiendo el pudor y el secreto de la vida privada. Mala es la hipocresía, muy mala, pero no es mejor el hacer de la propia vida exhibición artística. El alma debe llevarse desnuda, pero no abierta en canal. El que no guarda su secreto, secreto que le perfumará el alma, difícilmente puede conservar incólume el núcleo de la personalidad.

Con frecuencia, también, oigo á jóvenes que se dedican á las letras quejarse ó mofarse de los mercachifles entre quienes tienen que vivir, lamentarse de que en el pueblo en que viven no se piense más que en el negocio como si en el negocio no pudiera ponerse tanta poesía como en una epopeya ó en un drama. Lo que conviene ver es la forma en que se emplea la actividad espiritual y no el fin á que se dirija. Lo malo en los que se dedican á eso que llamamos negocios es la manera cómo se dedican á ellos y su falta de idealidad.

Se cuenta de un famoso zapatero y místico alemán una respuesta llena de espíritu. Y no os sorprenda que se dedicara al misticismo, y por cierto con grandísima profundidad de pensamiento, un zapatero, pues acaso el vivir del trabajo de sus manos le favorecía para ello impidiéndole hacer profesión de sus especulaciones, como Espinosa ganándose su pan puliendo lentes, no tuvo que hacer de su filosofía oficio. Preguntaba, pues, un sujeto á nuestro zapatero cómo habría de rezar, y le preguntó éste: tú que eres? carpintero, respondió el otro y entonces el zapatero: Pues bien, tu manera mejor de rezar debe ser hacer bien las mesas, poniendo la mira no en la ganancia que de hacerlas saques, si no en hacerlas de tal modo que evitando molestias á los que las hayan de usar les impidan ponerse en ocasiones de ofender á Dios. Y tal es la manera como yo debo hacer los zapatos—proseguía—de modo que no hiriendo los piés de los que los usen no les distraigan ni les muevan á impaciencia. Y así, os digo yo ahora; en todo trabajo y todo negocio cabe hacerlo á la mayor gloria de Dios, puesta la mira en su alcance social.

Y cotejad con este ideal lo que de hecho ocurre y lo que ocurre en cosas que parecen llevar en sí cierta idealidad mayor que otras. Se le encarga á uno enseñar latin ó física, inquiere lo que van á darle por ello, y según esto, enseña un latin ó una física de tres, de cuatro ó de cinco mil pesetas. Y rara vez se pregunta cuál será el valor de la enseñanza para la vida del alumno.

Cuando nos acusamos los españoles á nosotros mismos de falta de eso que se llama sentido práctico, digo siempre que es idealidad, que es espíritu lo que nos falta. Donde hay más idealidad, más desinterés, es donde más se desarrolla la vida del negocio. Dedicanse las gentes á éste tomándolo, con más ó menos conciencia de ello, como medio para hacer vida más intensa y más profunda. Y en cambio donde se lleva á la vida de los negocios mezquindad de espíritu y egoismo, el negocio mismo languidece.

Donde se tiende á la vida intensa, de inquietudes hondas, de idealismo, se enriquece la personalidad, tanto la de los individuos, como la de los pueblos. Y adquieren personalidad tomándola de todo lo que les rodea, y se hacen, por trabajo, profundamente originales.

Y es que respecto á esto de la originalidad corren las más equivocadas doctrinas. La originalidad se conquista imitando. En el orden de la literatura los espíritus que pasan por más originales han sido los mayores plagiarios. No es un pensamiento de quien primero lo parió, sino de quien acertó á colocarlo en el lugar para él más adecuado, en el que le daba más realce y vida, como un hijo es hijo de quien lo crió más que de quien lo engendrara. Y esto que pasa con la originalidad en los individuos pasa en los pueblos. No son más originales los pueblos que sostienen obstinadamente un pintoresco, amenudo de máscara, si no aquellos otros que por la imitación de lo bueno que hacen otros pueblos buscan las raíces de su alma colectiva. Son más originales los pueblos que más se abren á las influencias extranjeras, sin llegar por eso al servilismo de abdicar desde luego de lo propio.

Cuando se habla de la europeización de España, pienso siempre que es ella el mejor camino para españolizarnos, para descubrir lo nuestro propio permanente, quebrantando máscaras y postizos que una imperfecta europeización de pasados siglos nos ha impuesto. Y llego á creer que no debemos tampoco molestarnos de que se diga que el África empieza en los Pirineos, pues el espíritu africano, el que culminó en el ardiente Agustín de Hipona, es algo grande y fecundo. Y quién sabe si nos están reservados destinos en África, y entre ellos el de despertar las entrañas del alma africana.

Para toda esta labor, que sólo á grandes rasgos, un tanto desmadejadamente y sin mucha hilación, os expongo, nos serán precisos dolorosos cortes en el cuerpo social.

Y ya que hablo de cortes caigo en la cuenta de que debo dar un corte ya á esta conversación suelta, qué no otra cosa es. Debería acaso acabar como acaban ciertas piezas de música, con unos ruidosos compases, á son de bombo y platillos, ó con cierto tono que quiere decir «ahora acabo» como sucede en los sermones, cuando las beatas que estaban sentadas se ponen en el suelo de rodillas, si es que no quieren decirle al predicador, al ponerse así: «acabe usted ya!» (Risas).

Siento que debo terminar y debo terminar cortando esta conferencia como se corta una conversación con amigo á quien veremos mañana; de pronto. Así termino, esperando que algún día, más tarde ó más temprano, vuelva á verme entre vosotros que con tan noble hospitalidad me habeis recibido.

HE TERMINADO





En la Sociedad de Ciencias



Señoras y Señores:

Es esta la segunda vez que dirijo mi palabra á un público en Málaga y aun me faltan otras dos veces. Con estas mis conferencias corro, sin duda, un riesgo, cual es el de acabar por convertirme en un profesional de la palabra, con todos los peligros que toda profesión entraña. Pues una profesión, en efecto, suele matar la vocación, haciendo que se convierta en carrera lo que debió ser sacerdocio. Y sacerdocio debe ser toda profesión, absolutamente toda, en la vida.

Ved uno de los mayores males que afligen al magisterio público, y puedo decirlo yo que pertenezco á él, sea en el grado que fuere, ya que esto del grado en nada cambia la esencia de la función.

Hay que confesar, en efecto, que con sobrada frecuencia pensamos más en el aspecto de carrera que nuestra función magistral tiene que no en su aspecto de sacerdocio de la cultura, y puedo aseguraros que conozco á no pocos compañeros que estudian el escalafón del cuerpo con más ahinco y aplicación que no los tratados de la disciplina científica ó literaria que profesan. Hay verdaderos filósofos del escalafón.

Dícese, y yo lo he oído cien veces, que si se nos mejorase el sueldo mejoraríamos en aplicación é interés; yo lo dudo mucho y creo más bien que seguiríamos lo mismo.

El mal anejo á toda profesión de que uno la abraza no por amor á ella ó especial aptitud, sino como un mejor ó más cómodo medio de vida, no es mal ajeno á la profesión del magisterio, sino que más bien toma especiales caracteres en ella.

Durante mucho tiempo, lo sabéis bien, han ingresado en las Normales gran parte de los inválidos de cuerpo y de espíritu; los cojos, mancos, lisiados é inútiles, en general para las faenas del campo ó para un oficio manual, y los fugados de seminario ó que no pudieron concluir otra carrera ó buscaban una que se concluyese pronto.

Y una vez dentro de los Normales, ¿cómo se combatía ese funesto precedente? Lo corroboraban más bien con una lamentable enseñanza que se simboliza

y resume en eso que han dado en llamar pedagogía, tal cual aquí, en España, por lo menos, la enseñan.

La asignatura de pedagogía es lo específico de la carrera del magisterio, lo que principalmente distingue á las Normales de los Institutos de segunda enseñanza, y á ella se agarran los que quieren mantener la diferencia entre estos dos centros de ilustración y cultura. Y he oído á este respecto razonamientos tan especiosos y tan rebuscados como aquel de que no es lo mismo aprender una cosa para saberla que aprenderla para enseñarla, como si hubiese dos físicas, una para saberla por amor al saber ó para aplicarla en industria y otra para trasmitirla en enseñanza.

Siempre que oigo decir de alguien que sabe una ciencia ó disciplina humana cualquiera, pero que no sabe enseñarla, lo pongo en cuarentena, pues tengo observado que el que no sabe enseñar algo es que en realidad no lo sabe bien.

Oireis decir, por ejemplo, de una asignatura que es muy vasta, muy extensa, muy compleja y que no basta un curso para explicarla. Ponedlo en duda. Todo sistema de conocimientos puede enseñarse en un curso y en medio y en veinte lecciones y hasta en una. Sucede con esto lo que sucede con el mapa de un país, sea España, que puede hacerse á muy diversas escalas. Y así cabe trazar el mapa de España en el lienzo de una vasta catedral figurando hasta alquerías y senderos, y puede reducirse al tamaño de un papelillo de fumar. Todo consiste en saber qué es lo que hay que suprimir cada vez. Y lo mismo ocurre con una disciplina cualquiera. La historia universal cabe en una lección de una hora, cabe en tres palabras: nacieron, sufrieron, murieron.

Y es que lo importante en la enseñanza, se ha dicho muchas veces, es saber lo que no hay que enseñar y ver cada ciencia en sus contornos generales.

Se pierde la pedagogía de ordinario donde se pierde toda disciplina formal, de puro método, y es en descuidar el *para qué* de las cosas atenta tan sólo al *cómo*. Lo importante en la enseñanza no es cómo se ha de enseñar algo sino *para qué* ha de enseñarse. El cómo arranca y deriva del para qué.

Hace tres años visité en esta misma Andalucía unas escuelas que han adquirido cierta fama, y contestando luego á los que me preguntaban por el efecto que me causaran, no pude menos de decirles: «La obra de estas escuelas es una obra moral muy laudable; siempre es de alabar el que un hombre salga del sosiego de una vida tranquila y asegurada para entregarse á una obra social; pero como obra pedagógica me parece no ya laudable, sino más bien equivocada y hasta funesta».

Allí, en efecto, se han buscado procedimientos para que los niños aprendan con el menor esfuerzo y lo más agradablemente posible conocimientos que después de adquiridos han de resultarles inútiles ó poco menos. Allí hay más preocupación de cómo se ha de enseñar que no de lo que ha de enseñarse. Al aire libre, jugando y respirando libremente, aprenden aquellos muchachos los nombres de romanos y cartagineses y un seco esquema de historia de España, una tabla de sus dinastías, sin adquirir la menor representación vivamente imaginada de lo que aquellas épocas pasadas fueron.

Ello es una rutina, tan rutinaria como la antigua y con el mal además de que procurando que aprendan en juego se acaba por convertir en juego la enseñanza.

El mal radica más hondo, el mal está en esa tendencia á hacer aprender á los niños índices, no más que índices de libros y de cosas. Un resumen de historia universal no es más que el índice de una obra extensa. Todo se reduce á dar á los niños casilleros y etiquetas. Una insana manía de clasificación por la clasificación misma estropea toda nuestra enseñanza.

Si entrando en el despacho de un sujeto cualquiera os encontráis con que tiene las sillas numeradas ó marcadas con letras, supondreis al punto que las ha clasificado así con algún propósito, pero si al preguntarle por éste os dijera que no le tiene sino que las ha clasificado por clasificarlas y que lo mismo puede usarse la número 1 que la número 12, concluiréis que el buen señor no anda muy sano de la cabeza ó es un mentecato. Pues algo de esto ocurre en nuestra enseñanza.

Acudid al Catecismo de la doctrina cristiana y os encontrareis con aquello de que las virtudes cardinales son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y después de esto no se sabe para qué se ha hecho esa clasificación ni á qué fin conduce llamarlas cardinales, ni por qué han de ser cuatro y no tres ó cinco. El fin de esa clasificación termina en la clasificación misma. Y es que nuestro catecismo no es sino el índice de una suma teológica, y no pasa nunca de índice.

La forma aguda de este infecundo clasificacionismo nos lo ofrece la gramática. La gramática es una de las supersticiones fetichistas del maestro, y la gramática es una de las cosas más inútiles que se enseñan. Puede muy bien enseñarse una lengua sin enseñar gramática.

No me refiero, claro está, á la gramática científica, á la gramática comparada, á aquel estudio—y es el de mi profesión oficial—en que se trata de mostrar el proceso de las formas del lenguaje y su evolución por los siglos, no; me refiero á la gramática empírica ó puramente clasificativa.

¿Hay quien crea que por que le llamemos á tal tiempo del verbo pluscuamperfecto, han de usarlo mejor los que conozcan ese nombre? Y téngase en cuenta, además, que mucho, muchísimo de eso que se enseña como gramática, es ideología, é ideología escolástica, ideología mala; es el detritus á que ha venido á parar, rodando á las escuelas primarias, la escolástica. En la escuela primaria es donde se refugió el paganismo moribundo, y en la escuela primaria se refugia, en forma de gramática, la ideología seca de la edad media.

No se estudia la palabra, sino lo que esta significa. La definición estrictamente gramatical del verbo sería decir que es una palabra que se conjuga, y todas esas otras definiciones que corren no pasan de ideológicas.

Son innumerables los errores á que conduce esa gramática empírica y puramente clasificativa y es lamentable el tiempo que han perdido y pierden no pocos maestros en inquisiciones ociosas por mal orientadas. Un profesor de primera enseñanza ha perdido un tiempo y un ingenio que debió reservarlos para otra cosa investigando la razón del uso del pronombre *se* en frases como *dijóselo*, *dáselo* etc. y todo por ignorar que etimológicamente, en cuanto á su origen, ese *se* nada tiene que ver con el *se* reflexivo de «se mató» «se lavó» etc. sino, que es una forma del *le* del dativo latino.

La gramática que se enseña, desgraciadamente en nuestras escuelas, es una gramática estática, que sólo trata de clasificar y dar nombres á las formas de nuestro lenguaje tal y como hoy se usan y sin indagar su origen y formación en el tiempo. Y la gramática clasificativa sólo tiene valor como preparación y método para pasar á la gramática dinámica, á la explicativa, á la que da razón del origen y proceso del lenguaje. Y quedarse en la primera, en la meramente clasificativa, como por fuerza han de hacer los niños de primeras letras que ignoran el latín, es perder el tiempo en estudiarla.

Y luego se emplea para la enseñanza de esa gramática de puros nombres un texto oficial, el *Eptome*, que es un verdadero baldón. Por dignidad nacional debía haberse suprimido ya ese texto ridículo y disparatado.

La crítica de ese miserable librito nos llevaría lejos, pero sería divertidísi-

ma. Sólo os diré, como prueba, que al decirme en cierta ocasión un extranjero que le había levantado jaqueca la sección de los verbos irregulares, hube de decirle: «claro: como que el autor, por delegación de la Real Academia, de este librito se empeñó en clasificar los verbos irregulares en vez de clasificar las irregularidades de los verbos, y así le resulta que tiene que encasillar combinaciones binarias y hasta ternarias de unos cuantos casos de fonética y de analogía».

En otro pasaje dice la Gramática oficial que en castellano todas las palabras monosílabas son agudas, ignorando que hay en castellano muchos monosílabos que no tienen acento alguno, ya por ser proclíticos, es decir, por apoyarse en la palabra que les sigue y pronunciarse formando una con ella, como el artículo, las preposiciones y algunas conjunciones, ya por ser enclíticas, ó sea por apoyarse en la anterior como á los pronombres sufijados les ocurre. Todos sabemos que al decir *el vino* lo pronunciamos como una sola palabra trisílaba, y al decir *él vino* marcamos dos acentos. Todos lo sabemos, pero no pocos versificadores modernistas lo olvidan al querer que un *el* artículo ó un *sin* preposición rimen con *alquicel* ó con *serafín*.

No son más que casos ó ejemplos, entre los muchos que os pudiera citar, de los disparates que contiene la desdichada gramática oficial.

Ese trabajo meramente clasificatorio en nada enseña á usar mejor de las formas del lenguaje; la gramática no enseña á hablar ni á escribir con propiedad.

Trae tras de sí, además, la superstición gramaticista otro grave mal y es el torpe desprecio á las hablas populares. Mis estudios profesionales y mis aficiones me han llevado á ir recojiendo allí, en la región en que vivo, giros y voces y modismos y fonismos populares, y para lograrlo me he valido de toda clase de personas. Pues bien, los que menos me sirven son los maestros antiguos y es por la deformación pedantesca que á su criterio ha infligido la gramática. En aquellas formas del habla popular que se apartan del idioma oficial, del clasificado en la gramática y el diccionario académicos, no ven sino barbarismos, efectos de la incultura é ignorancia de las gentes.

Cierto es que hay en el lenguaje un elemento que podemos llamar patológico, morboso, que hay verdaderos barbarismos, pero este elemento es raro entre las gentes del campo y más frecuente en el habla de las clases bajas de las grandes ciudades. Lo patológico es lo absolutamente individual, lo que se desarrolla en un elemento de una manera anárquica, sin guardar relación de solidaridad y armonía con los demás elementos. Y así es lo patológico en la lengua. Patológico es todo modo de hablar que adopta por sí un individuo y que le dificulta entenderse con los demás.

Pero cuando todo un pueblo adopta una forma de hablar esta forma deja de ser patológica y pasa á ser fisiologicamente normal. La lengua misma oficial ha adoptado formas que en su origen pudieron considerarse patológicas.

Lo malo es cuando un pueblo ó una clase social recibe más vocablos que ideas tiene y acaba por emplearlos sin precisión alguna, efecto que se observa donde se ponen en contacto con un pueblo ó clase social formas de cultura superiores á aquella cultura que se han asimilado. Es lo que se ve en el chulo de Madrid.

Y este mal es frecuente en España, donde abundan los oradores y escritores que se trabucan y enredan en una selva de palabras, el valor exacto de cada una de las cuales ignoran de ordinario. De aquí el abuso de la sinonimia y de aquí ese estilo al poco más ó menos que distingue á nuestra literatura como distingue á nuestras artes.

Y de todos estos defectos no podrá curarnos esa gramática clasificativa, co-

mo no nos dará cultura el sistema de encasillados que priva en nuestras enseñanzas. Se le provee al alumno de una porción de moldes para quesos, moldes de todos tamaños y de todas formas, pero como no tiene leche no puede hacer quesos; si la tuviera los haría aunque fuese sin moldes, á mano. Contenido y no continente es lo que hay que dar; hacerle que se ejercite en hablar y escribir y no gramática, significados de voces y no análisis analógico gramatical.

Y como se trata de enseñarles la lengua se trata también de enseñarles otras cosas. ¿No habeis visto, pongo por caso, esos horribles cromos de la historia llamada sagrada?

Y vengamos á enseñanzas propias de la mujer, pues que hay maestras que me escuchan, y, fijémonos en esos bordados que son la negación de todo gusto y de todo arte.

En el bordado, sobre todo en ese horrible bordado en realce y color, suele revelarse la mayor perversión estética. Porque el principio fundamental de todo arte es el de que sus formas han de responder á la materia de que se sirve y arrancar de ella, y de otra parte que la imitación no ha de llegar á confusión con la naturaleza.

En cuanto á la relación entre la materia y la forma, claro está que no puede esculpirse en granito como en marmol ni se puede dar á un edificio construido con ladrillo las mismas formas que á uno construido con madera ó con piedra. Y no puede hacerse con aguja é hilo lo que se hace con colores y pincel. Si un bordado considerándolo como pintura fuera un mamarracho sigue siéndolo como bordado, sin que le salve el primor de ejecución. Y no hay bordado realmente artístico como no sea aquel que responde al material y al fin de la obra, aquel bordado en punto de cruceta ó algo análogo, de formas estilizadas, reducidas á un trazado geométrico, donde no hay más que contar los puntos ejecutándolo en un cuadriculado y con masas de colores homogéneos y yuxtapuestas unas á otras sin pretensión de desvanecidos y transiciones de matices. La bordadora ejecuta un trazado previo sin que le quede la libertad de llevar una línea un poco más acá ó más allá, saliéndose del rigor que el cuadriculado impone.

Y por lo que hace á la imitación es anti-artística toda la que llega á confusión con lo natural. Es anti-estética la figura de cera porque confundándose con lo real nos da la sensación de muerte, y son horribles esos perritos hechos con lana de perro natural y con dos perlitas por ojos, y son anti-estéticas las flores de trapo que se confunden con las naturales.

La enseñanza del bordado, por otra parte, es un símbolo de esclavitud de la mujer, esclavizada á eso que con una frase degradante llamamos «labores de su sexo.» Se busca distrayéndoles con esas futesas mantenerles en cierta perpétua minoridad intelectual. Es ello una vergüenza y una forma de aquello de que á la mujer le basta con saber guisar y remendar los calzones del marido.

En el fondo parece se trata de impedir el desarrollo de la dignidad humana, de todo lo más elevado y más noble. Y esto no sólo en la educación de la mujer, sino también en la del hombre, y muy en especial en la del maestro.

Me decía en cierta ocasión un profesor de una Normal Superior que había dado mal resultado lo de que fueran á los Institutos de segunda enseñanza los estudiantes del magisterio y lo fundaba en que en los Institutos se les quebrantaba cierta disciplina que en la Normal se les había imbuido. Por que hay Normal de esas en que no se ve un cigarro en el suelo, en que apenas se oye una voz más alta que otra, en que reina un orden sepulcral. Van, en cambio, esos muchachos normalistas á un Instituto, donde van el hijo del Gobernador, el del Alcalde, el del magistrado, y donde reina más libertad y aquella disciplina de servilismo se quebranta. Y conviene que se quebrante.

Acuden á las Normales de ordinario hijos de familias muy modestas, proletarias, hijos de maestros muchos, y van con toda la hipócrita humildad que en esas familias hace arraigar la dureza de la lucha por el pan. Y allí, lejos de quebrantarles ese mal de origen, se lo corroboran de ordinario y se les predica sumisión y humildad y se les ejercita en el servilismo bajo máscara de buena educación. Y luego resulta que como de la misma madera del esclavo se hace el tirano cuando el maestro se convierte en el cacique del pueblo no hay quien le resista.

Esta educación contrituye luego no poco al descrédito de la escuela y á que ésta sea considerada como una especie de asilo á que se envía al niño para que no dé guerra en casa, cuando debía ser ante todo y sobre todo una escuela de libertad y de dignidad humanas.

Escuela de libertad y de dignidad humanas que sólo se logran por el trabajo, y el trabajo significa constancia.

Constancia, constancia, espíritu de constancia es lo que más falta hace imbuir entre nosotros. Decidle á un español que hará una buena fortuna acudiendo todos los días, excepto los festivos y algunas prudenciales vacaciones, á tal punto á llevar á cabo tal trabajo, no penoso, de tal hora á tal otra, pero sin faltar un día no siendo por justa causa, y perderá esa fortuna. No le importa exponer la vida á un peligro, como el torero, de lo que no es capaz es del trabajo constante y metódico. Pasa trabajos con tal de no someterse al trabajo, La acción constante es la que tenemos que predicar y que enseñar.

La acción constante, el esfuerzo continuo, llega á ser irresistible. Pensad que una hora tiene sesenta minutos, un minuto sesenta segundos, un segundo sesenta tercetos, y así sin término, pensad que el tiempo puede crecer indefinidamente en intensidad, recordad aquella flor llamada quitameriendas cuya ternísima corola rompe los más duros terrenos no más que empujando constantemente, sin interrupción.

Enseñad constancia, sobre todo constancia en el trabajo, y enseñadlo con amor. Al amor, al amor á los niños, se reduce toda pedagogía. Mal enseñará á niños aquel á quien los niños fastidian, y esto es muy frecuente. Al niño solo podemos acercarnos con la niñez de nuestra alma. Da pena el encontrarse con tantos maestros que después de haberse pasado años entre niños no pueden ilustrarnos con datos de su experiencia en cualquier caso de psicología infantil. Estuvieron con el cuerpo en la escuela, con el alma fuera de ella.

Hay que acercarse á los niños con la niñez en el alma. Desconfío mucho de aquellas personas en cuyo espíritu se han borrado los recuerdos de la niñez, y una de las cosas porque más bendigo á Dios es porque llevo á flor de alma la memoria de la mía. Está escrito que el que no se haga como un niño no entrará en el reino de los cielos, y el justo que nos justificará algún día será el niño que llevamos dentro.

El niño no es bueno, se dice. Cierto, pero tampoco es malo; está más abajo del bien y del mal. El niño miente, es cierto, pero el niño miente porque desconoce el valor de la verdad y no tiene una clara noción de ella. El niño no discierne aun bien entre la realidad y la ficción, la vigilia y el sueño. Con amor se le lleva al amor á la verdad.

No hay tarea más noble que la de moldear almas de niños, despertar sus gérmenes de bondad, ahogar los de malicia. Y para ello hace falta constancia, hija del amor. El amor es lo más constante que hay, lo más fuerte. El amor es la única pedagogía fecunda.

Amad á los niños y sabreis enseñarlos.

HE DICHO

CARTA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

DIRIGIDA Á

D. ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA

Salamanca, 4-9-1906.

SR. D. ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA

Mi muy estimado amigo: No hace aún dos días que estoy en esta mi casa, de regreso de mi excursión, y empiezo á recoger y tamizar mis impresiones.

He recibido los números todos de *La Unión Mercantil* con sus artículos, y considero como uno de los mejores frutos de mi campaña en esa el haberlos provocado y sugerido. Lo que decimos, vale, sobre todo, por lo que hace decir á los demás, y yo sé que mis mejores pensamientos—para mí mismo ocultos—han de decirlos otros. Las ideas son de todos y de nadie, y se transforman al pasar de unos en otros.

Siempre que vuelvo de alguna excursión de sermones, vuelvo con el ánimo abatido y con la triste idea de haber arado en el mar. ¿Será verdad? ¡Y el campo espiritual de ese país me parece tan acuoso! No resiste, se abre al paso de la quilla, pero es para cerrarse al punto.

Hay, sin embargo, que ir repartiendo inquietudes más que específicos, dando espíritu más que ideas.

¿Y qué es espíritu?—preguntan, parece, los católicos esos. Es natural; el catolicismo es hoy lo menos espiritual que cabe. Es materialismo puro.

Materialismo, sí. Materialismo que consiste en tomar las cosas materialmente, con una objetividad grosera. Como los judíos, quieren señales. Necesitan coger las verdades con las dos manos, los dos pies y la boca, como los monos. Es menester que se les demuestre á Dios silogísticamente, y aun no les basta, tienen que tragárselo. En no encontrando un tablón en medio del mar están perdidos, porque no flotan. Han olvidado lo de que *in interiore hominis habitat veritas*, y han tenido que proclamar infalible á un ser humano. Todo ello materialismo puro.

Y luego, ¡qué ola de memez envuelve á la ortodoxia! Da lástima leer la *buena Prensa* española; es un abismo de ramplonería y mentecatez. Conozco desdichado de esos que en su vida se ha puesto á pensar en lo que signifique eso de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y no sólo del Padre, ó lo de la Purísima Concepción y la relación que pueda ello tener para la santificación de la vida y la bondad cordial; pero consulta si los escapularios se pueden ó no llevar dentro de una bolsita, y sabe qué días se puede mezclar carne y pescado y qué días no.

Ahí, en Málaga, me he encontrado con un grupo de jóvenes que, aunque acaso cohibidos—no sé por qué—, parecían mostrar ansias de renovación y de vida intensa y profunda. ¿Por qué no se unen con cualquier pretexto? ¿Por qué no cierran filas, bajo cualquier bandera en blanco, contra la ola de memez y de grosería? ¿Por qué no se funden para romper la costra de mentira?

Yo hice lo que pude y como mejor supe. Sabía que habría que disgustar á los que van á oír á uno que habla como se va á oír á un cantante, y llaman elocuencia á la facultad de endilgar párrafos morunamente sonoros, con cadencias de ola de playa, en que se pide al final el aplauso. Y ni eso es elocuencia ni Cristo que lo fundó.

Hice lo que pude. Y ustedes, ¿qué hacen? Es preciso no cansarse de repetir lo mismo.

A lo de *vox clamantis in deserto* hay que responder que al desierto se le abren los oídos en puro oír la voz del que en él clama con fe.

Yo no espero el resurgimiento de España sino de una conmoción de sinceridad que rompa las hipocresías todas, y ante todo la religiosa. España necesita su reforma. Ahora se habla de eso, de política anticlerical, pero nada se hará. Y nada se hará, porque los ministros que la proclaman, y algunos de los cuales maldito si creen en nada, cuando llega el caso se declaran muy liberales, sí, pero católicos apostólicos romanos é hijos sumisos de la Iglesia. Y esto es mentira. Ni Waldeck-Rousseau ni Combes se dijeron nunca católicos. En Francia han llevado á cabo la última labor unos cuantos nobles y sinceros espíritus, de abolengo hugonote, de tradición protestante. Y aquí no se hará nada mientras no pueda llegar uno á un ministerio sin jurar el cargo, porque sus creencias no le permiten jurar, y haya ministro del rey y hasta conservador que públicamente confiese no ser católico. Y en vez de esto tiene usted á un orador republicano (?) que dice que ellos no pretenden descatonizar á España. Entonces, ¿qué quieren?

Esto es una mentira, una pura mentira. Vivimos en un país de cobardes en que los hombres no son hombres sino de cintura abajo. Por la paz del hogar, por eso que llaman paz y no es sino muerte, llegan á las mayores degradaciones morales.

Contra esto no hay sino predicar espíritu, y que esos desdichados digan: «¿Espíritu? ¿Y eso con qué se come?» Porque hasta el espíritu creen que es cosa de comer, cosa que hay que agarrar con manos, pies y boca, ó con silogismos.

No ceje usted en su labor.

Enseñe esta carta, si lo cree así, á los amigos que dejé ahí. Quiero estar en la relación más frecuente que me sea posible con ellos.

Así que entre en caja—pues no hace tres días que llegué—le mandaré algo para el periódico, y en tanto si quiere aprovechar algún párrafo de esta carta puede hacerlo.

Si ahora volviese á escribir mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, mi libro, ¡qué de cosas no añadiría! ¡Cuánto no podría decir sobre Don Quijote en Andalucía! Pero todo se andará, Dios mediante.

Una vez más le doy las gracias por su labor.

Y crea que es su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO.»

CARTA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

PUBLICADA EN EL DIARIO DE MADRID "ESPAÑA NUEVA" DEL DÍA 20 DE SEPTIEMBRE DE 1906

La cuestión religiosa

HABLA UNAMUNO

Sr. Director de ESPAÑA NUEVA

Mi estimado amigo: Hoy llega á mis manos el número de su diario en que reproduce, bajo el título de «Anticlericalismo.—¿Unamuno sincero?» la carta que escribí á D. A. F. G., de Málaga, número que salió á luz hallándome yo ausente de ésta.

Me sorprendería el que usted, que me conoce, dudase de que la tal carta fuera mía, si no se viese bien claro que esa expresión de dudas no es más que un recurso para tirarme de la lengua, como se dice. Y aunque á las veces suelo hacerme el sordo, por ésta creo de mi deber darle por el gusto y remachar mi carta con esta otra que aquí le escribo.

Ante todo, debo protestar—amistosamente, por supuesto—del título con que encabeza

á mi carta, de eso de «anticlericalismo». No; la cuestión no es clerical, sino estricta y propiamente religiosa, y religiosa es la crisis porque empieza á pasar España.

La crisis es, en efecto, religiosa.

Yo he protestado y seguiré protestando contra esa mentira de que haya tantas personas que no creen en casi ninguno de los dogmas de la Iglesia católica ni practican su culto, y cuando se ven compelidos en público, á hacer declaraciones, se confiesan católicos. Esto debe acabar.

Y créame que si todos los hombres públicos y todos los diarios que se saben no católicos lo dijeran abiertamente, habríamos todos ganado mucho. En cierta ocasión en que mi amigo y paisano Bueno me dirigió un escrito hablando del Cristo, se me rogó por el director del diario en que apareciera—uno de los diarios [de gran circulación—que no contestase. Y es que se pueden escribir cosas más ó menos picantes y hasta pornográficas; proposiciones anarquistas y volterianas, pero no se puede hablar del Cristo en un tono que suene á las gentes á cristiano no católico.

Si todos los hombres públicos españoles que no se sienten católicos lo confesaran, llegado el caso de hacerlo, desaparecería ese error—si es que no mentira—de que España es un país católico.

Descontados los niños, las mujeres y la enorme masa rural, que no tiene clara conciencia de su espíritu religioso, entre las personas que han seguido estudios y han procurado escudriñar sus creencias, no creo que pueda decirse que la mayoría se sienta, en su fuero interno, sinceramente católica. Los unos creen que creen, sin creer de verdad; los otros quieren creer, sin lograrlo; los más no quieren pensar en ello, y en resumen, son pocos los que de veras creen. Y si se extendiera más el conocimiento del dogma, serían menos aún.

La cuestión que en España empieza á plantearse es religiosa, y no clerical. Lo mismo ha sucedido en Francia. Todos hablan de Combes, de Waldeck-Rousseau, de Brisson, de Clemenceau, y pocos saben que toda esa labor política no habría podido llevarse á cabo si el clero secular francés no estuviese, en su mejor parte, en la más ilustrada, ganado por la obra profunda é íntima del venerable y doctísimo abate Loisy, que ha incorporado á la corriente católica la obra de Renan y de Augusto Sabatier, los cuales, á su vez, recogieron el fruto de la labor bíblico-exegética de los alemanes. El abate Loisy, seguido por otros doctos eclesiásticos, de una parte, y la tradición protestante, de otra, han hecho en Francia tanto, por lo menos, yo creo que mucho más, que la tradición del enciclopedismo, que es casi la única que aquí se conoce. Rousseau, que provenía de Calvino; Renan, de la exégesis protestante alemana, han hecho más que Voltaire.

Y aquí ¿hay algo de esto? Observe con qué complacencia suelen decir los católicos que en España, el que no lo es, no es nada. Saben bien que poco mal les puede venir de ese liberalismo huero, traducción política del huero librepensamiento, que jura por Haecckel ó por otro tal, que sonríe desdeñosamente de los que sentimos anhelos de otra vida—estemos ó no convencidos racionalmente de ella—, é ignora lo hondo de la evolución religiosa de la humanidad. Nietzsche, pongo por caso, resulta en España un elemento de reacción católica.

Decía en la carta que usted reprodujo que en España no habrá verdadera libertad de conciencia mientras no pueda un ciudadano español llegar á un ministerio, y á un ministerio de Gabinete conservador inclusive, sin jurar el cargo. Y no por falta de lealtad hacia la Monarquía, sino porque sus creencias se lo impidan. Puede ser judío, y no querer jurar por los Evangelios, y puede ser cristiano, y no sentir, con los cuáqueros, que el Cristo prohibió en absoluto el juramento, como se ve en Mateo, V. 33 y 34, y en otros pasajes evangélicos, donde no se lee el añadido ese del Catecismo, que dice: «sin justicia y sin necesidad».

Ahora mismo, con motivo de la circular del señor ministro de Gracia y Justicia sobre el matrimonio civil, se oyen las cosas más peregrinas. Y la cosa es clara. Para el Estado no debe haber sino el matrimonio civil que surta efectos civiles. ¿A qué viene eso de que-

rer exigir de los contrayentes la previa declaración de no ser católicos? Supongamos que lo sean, y aun siéndolo, no quieran casarse sino civilmente. ¿Que pecan? Ellos incurrirán en la pena que el pecado tenga, pero no es razón para que el Estado se entrometa. ¿Que el matrimonio civil es un concubinato? ¿Y es que hay acaso ley civil que pene el simple concubinato? Se dirá que el estado autoriza y sanciona un pecado. No; el Estado sanciona un contrato civil, é ignora lo demás. Tanto valdría pretender que se prohibiese por ley servir en los restaurants carne y pescado en día de vigilia, ú obligar á los ciudadanos que no declaren previamente no ser católicos, á oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar. Lo cual, mirado desde un punto de vista estrictamente religioso, es una impiedad.

La Iglesia debería ser la primera en rechazar el que se quiera obligar por ley civil á que ningún fiel católico cumpla con los mandamientos de ella. Y, en vez de esto, hay príncipe de esa Iglesia que descubre todo el fondo de repugnante hipocresía en que vivimos al decir que hay muchos que no creyendo ni cumpliendo, jamás se resolverán á hacer pública declaración de ello. ¿Qué es esto sino pedir que sigan la farsa y el embuste?

Es—se dice—que aunque dicen no creer, y acaso crean que no creen, y no cumplan, en el fondo conservan las creencias de su niñez. Falso de toda falsedad. Es que viven en vergonzosa servidumbre de sus mujeres; es que se degradan por eso que se llama la paz del hogar.

Hay que confesar, sin embargo, que ese triste estado de vergonzosa hipocresía se debe muchas veces á que perdieron una supuesta fe para no cobrar otra. Y sin una fe no se hace nada.

¿Vendrá á España esta otra fe, sea la que fuere? Nadie puede afirmarlo ni negarlo; mas, desde luego, cabe aseverar que de algún tiempo acá empiezan á sentirse conmovidas las entrañas religiosas de nuestro pueblo, y no menos en los clérigos que en los seglares. La reforma, la revolución acaso, anda por dentro.

Síntomas de ello son de una parte la libertad, cada día mayor, con que puede expresarse públicamente, sea cual fuere su posición, quien se sienta con valor para ello, sin correr riesgo alguno mientras no falte á la ley, y de otra la singular manera de necedad y de insidia con que la Prensa que se llama por antonomasia católica, la *buen*a Prensa, la Prensa de la fiñez y la ramplonería, cuando no de la zafia grosería, responde á este estado de cosas.

Se reunirán las Cortes, acudirán á ellas los representantes de esta Nación que se dice católica, representantes, por lo tanto, de los católicos españoles, y se tratará de cómo deba entenderse nuestro Gobierno con el Vaticano, como si los católicos españoles que siguen la voz del Papa fueran otros que los católicos españoles representados en un Parlamento, de cuya mayoría sale el Gobierno.

Créame, mi buen amigo, que da grima toda esta serie de grotestas antinomias y de ridículos conflictos que surgen de un estado de mentira.

Creo haber estado claro y haber satisfecho su deseo, y en todo caso sabe que es su amigo y seguro servidor,

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca 17-9-1906.



Obras de D. Miguel de Unamuno

Vida de D. Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada por Miguel de Unamuno. Madrid: Fernando Fé, 1905.

4 PESETAS

Paz en la Guerra. Madrid: Fernando Fé, 1897.

4 PESETAS

De la enseñanza superior en España. Madrid: 1899.

1'50 PESETAS

Tres Ensayos. Madrid: B. Rodríguez Serra, 1900.

1 PESETA

En torno al casticismo. Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales, volumen IV. Madrid: Fernando Fé; Barcelona: Antonio Lopez, 1902.

2 PESETAS

Amor y Pedagogía. Biblioteca de novelistas del siglo XX. Barcelona: Henrich y C.^a, 1902.

3 PESETAS

Paisajes. Colección Calón, volumen V. Salamanca: 1902.

0.75 PESETAS

De mi país. Descripciones, relatos y artículos de costumbres. Madrid: Fernando Fé, 1903.

3 PESETAS